

CAPITULO VII.

Prosiguense los abusos de los indios y sus indignas adoraciones.

De cuantas naciones bárbaras componen el universo, solos los ateistas no conocieron deidad, por vivir sin dios en sus malignas costumbres; pero fuera de estos y los que siguen sus pasos, no ha habido nacion alguna en el universo, por bárbara que sea, que no haya reconocido á Dios por sus efectos maravillosos; porque como los cielos con sus astros luminosos están pregonando con voces de luz sus maravillosas obras, hacen venir en conocimiento de su poder y magestad á los mas rústicos: y el incipiente que nos pinta David, que dijo no haber Dios, es sin duda la mayor parte de esta engañada gentilidad, porque hay muchas naciones entre los bárbaros que absolutamente presumen que no hay Dios alguno, y todo lo tienen por acaso de la naturaleza.

Es tan verdad esto en muchas de estas naciones, que sucedió en una ocasion, que estando haciendo una sepultura en una capilla de una hacienda, sacaron unos huesos áridos, y un indio se llegó al sacristan y le dijo:—Ves como salen estos huesos del sepulcro, y que un tiempo fueron de hombre, y han quedado descarnados y secos, ¿pues cómo nos quieren persuadir los religiosos que en muriéndonos nos vamos al cielo ó al infierno, cuando tenemos esperiencia tan clara contra sus disparates? Lo cierto es, prosiguió el indio, que cuando morimos nos acabamos, perdemos la vida y nos convertimos en estos pobres huesos, que por último se consumen sin ir al cielo ni al infierno, y todo lo que nos dicen los padres acerca de esto es

una mentira con que presumen engañarnos; porque de la misma manera que el caballo y el venado dejan despues de muertos dispersos sus huesos por el campo sin ir al cielo ni al infierno, así nosotros.—Afeóle el sacristan de la hacienda, que le oia, tan bárbaros discursos, y aunque gastó muchas razones como católico para disuadirle de sus errores, jamas dió el bárbaro asenso á sus verdades, antes las tenia por mentiras, y como son de discursos rudos no se pueden convencer con razones sus ignorancias. Lamentacion que hizo Baruc, condolido, al parecer, de la ignorancia de estas miserables gentes: de forma que si la oscuridad que Juvenal aplica á los indios en sus sátiras, se ha de entender de sus tenebrosos entendimientos mas que de sus colores adustos y quemados, no dijo mal en posponerlos á los infames moros, porque su discurrir es mas rudo y su vivir mas sin razon.

Hay tambien algunas naciones que dan algun género de divinidad á los astros, como es á las estrellas, sol y luna, y presumiendo que de ellos les vienen la salud y todo bien; y cuando enferman juzgan que los han lastimado las estrellas, y como ellos con sus flechas ejecutan todos los daños, tienen en su idioma por frase el decir que los astros los han flechado, como nos lo dicen cuando vamos á confesarlos, y por mas que uno los disuade nunca quedamos satisfechos de que salgan de su error. Otros, como tengo referido, adoran la fuentes y los rios, y muchos imaginan deidad en los mas silvestres troncos. Algunos veneran tambien animales, cuevas y montes, y algunas rudas figuras que de bastas piedras fabrican, de las que he visto algunas con muy mal formadas caras, á las cuales dan veneraciones, juzgando que de ellas reciben beneficios siendo obras mal formadas de sus manos, adorando lo que ellos mismos se fabrican, sin mas razon que su ceguedad e ignorancia, valiéndose de los retiros de los montes y sus profundas barrancas para ocultar de los celosos ministros tan abominables adoraciones. En confirmacion de lo referido aun entre los indios bautizados, pondré á la letra parte de un informe que de mandato del M. R. P. provincial de esta provincia hizo un ministro del convento de Huejuquilla, muy capaz é inteligente en todas las materias, y es del tenor siguiente:

“M. R. P. N. provincial. Poco menos de un año antes que V. P. M. R. se dignase de poner á mi cargo esta doctrina, hallándose el padre lector Fr. Miguel Diaz de guardian de este convento, tuvo noticia que en Temzómpla, dos leguas distante de este pueblo, habia ciertas casillas pajizas en lo mas oculto de la Sierra, llenas de muchas adargas, flechas y jarros, y que nadie, al parecer, las habitaba; discurrió mi docto guardian prudentemente, que casas con tales señas no podian ser para otro fin que para ídolos, y así acompañado del gobernador y un teniente, que á la sazón habia puesto aquí el capitán Dosal, partió para el pueblo de Temzómpla. No le salió vano su discurso, pues guiado del que habia dado la noticia, llegaron sin estorbo alguno á las dichas casas, y comenzando á registrar lo que habia dentro, hallaron ser sin duda algun domicilio del demonio: la casilla mayor tenia á la puerta una cestilla y sobre ella estaba de piés una figura del alto de un palmo, hecha de cera, que representaba un feísimo negro, con tal disposición las manos, que parece daba á entender era el que cuidaba la puerta, y defendia la entrada. En lo interior de esta misma casa á la testera estaba un asiento ó equipal, y en este estaba sentada una figura en esta forma: tenían un cadáver sin que le faltase hueso alguno, curiosamente envuelto en unas mantas de lana adornadas de plumas de colores varios, de tal forma reunidos unos con otros los huesos, que solo la carne y nervios faltaba, que unidos con unas cañuelas, los tenía amarrados. En las otras casas estaban las adargas, jarros y muchas cuentas de abalorios que usan comunmente estos indios poner á sus ídolos, como notó el padre Torquemada; todas estas inmundicias por las razones que el dicho padre explica, y tambien porque cada cosa de estas es especial dios para ellos, estaban en las casillas. No tuvo la gentilidad antigua tanta multitud de dioses como se les han conocido á estos indios: todo cuanto miran es dios para ellos, y todo cuanto les causa admiración es su ídolo.

“Viendo, pues, mi guardian la execrable maldad de estos idólatras, encendido en un fervor cristiano, comenzó á derribar aquel diabólico edificio, y hacer pedazos aquel conventículo de idólatras: puso fuego á las casillas é hizo pedazos todos aquellos jarros, de tal suerte que no dejó cosa que no redujera á pol-

vo; con el cadáver y figura de cera hizo lo mismo, no dejando de aquellos huesos ni aun las cenizas en la tierra: á todo esto estaban los indios presentes, mas tan atónitos y mudos, que no se les oyó palabra alguna. Hasta aquí, nuestro ministro.”

Pero ¿qué habian de hacer los indios idólatras, sino callar enmudecidos? ¿Qué habian de hablar estas ranas de hígados doblados: *Jeminatum jecur*: propiedad de idólatras, dos hígados para producir mucha sangre y enviarla toda á los ojos para mirar con ojos de sangre la luz divina que tenemos? ¿Qué podian hablar, vuelvo á decir, si estaban á la luz de la verdad ellos y sus falsedades, y á la vista del sol sus mentidos dioses? Y es propiedad de las ranas callar al amanecer de la luz; y mucho peores que las ranas son estos idólatras, porque al registrar la luz no solo callan, sino huyen de ella, y así nunca en su ceguedad les amanece, quedando á oscuras y enfermos en su pertinacia.

En otra ocasión en este mismo pueblo, poco antes que llegara el Illmo. Sr. D. Juan Ruiz Colmenero, tuvo noticia el ministro de otras semejantes casas de idolatría, cuatro leguas distantes del convento en lo mas oculto de la Sierra. Dió noticias al devoto príncipe el ministro de lo que ocultaba la Sierra de casas de idolatría, y sin admitir el menor descanso á la fatiga del camino, montó, aunque enfermo, á caballo, y llegando á la parte señalada, halló las casas, y en la mayor colocadas sus estatuas sentadas en equipales y ante los piés de sus fabulosas deidades algunos dones: hizolos derrocar y abrasar el ilustrísimo príncipe, y aunque quitó de sus ojos aquellos infames objetos, no pudo arrancar de sus corazones la propensión natural que tienen á la idolatría, pues cada dia se les reconoce mas inclinación por los ídolos que se les descubren en nuevos adoratorios que ocultan en sus mas ocultos retiros, como se vió en los que me remitieron á mi intermedio, de que dejé hecha relación cuando traté de la fundación de Huejuquilla.

Casi de la misma forma tenían los nayaritos otro cadáver, que sacaron y llevaron á México cuando su conquista, y se quemó públicamente en auto general de indios, que hizo el Sr. Dr. D. Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, obispo dignísimo que fué de Yucatan, é hijo de la insigne ciudad de Zacatecas: y he

oído decir á personas fidedignas, que por la boca de aquel cadáver daba el demonio respuestas á sus bárbaras preguntas, incitándolos á que siguieran sus costumbres para precipitarlos en los abismos; y así como los gentiles tenían su oráculo en Delfos, donde el demonio respondía á sus preguntas por la boca del oráculo, así lo tenían los nayaritas para seguir sus desaminadas respuestas, de que no solo se seguían hostilidades, sino obstinacion y dureza.

Intentaron en varias ocasiones nuestros religiosos reducirlos con su predicacion y ejemplo á la fé católica; pero obstinados no dieron oídos á sus evangélicas voces, dando por pretesto que su dios les aconsejaba lo contrario, y que aun no era llegado el tiempo. Los primeros que entraron al Nayarit á predicar el Evangelio en distintas ocasiones, desde el año de 1635, fueron nuestros religiosos de Guazamota, que con la cercanía cada dia continuaban su evangélica correría á aquellos bárbaros idólatras.

Por el año de 1709 entraron para el mismo fin por medio del Nayarit los reverendos padres lectores actuales de teología del convento de Guadalajara, que á la sazón lo era el ilustrísimo y reverendísimo señor, que ahora es obispo de Honduras, D. Fr. Antonio Lopez Guadalupe, el M. R. P. Fr. Pedro de Rivera, provincial que ha sido de Jalisco, y el R. P. Fr. Juan de Oliván, que hoy es lector jubilado: y habiendo caminado á pié muchas leguas y solicitado sacarlos de los bárbaros errores en que vivían, se dieron por desentendidos de sus persuasiones evangélicas, y los sacaron como desterrados de los contornos de sus tierras. Por el año de 1713 entró á la conversion de estos bárbaros el R. P. y apostólico varón Fr. Antonio Margil de Jesus, hijo del apostólico colegio de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas, á quien bárbaramente obstinados, resistieron la entrada en sus tierras, despreciándolo con bárbara osadía, hasta tirarle á la cara con una zorra. Pero movidos de la divina gracia el año de 1720, voluntariamente pidieron ministros evangélicos de la sagrada Compañía de Jesus, los que hoy dia perseveran con indecibles trabajos, entendiendo en la conversion de los bárbaros nayaritas.

Otras naciones hay que hoy están al cargo de nuestro cole-

gio de Guadalupe de Zacatecas, en las Tejas, que reverencian al fuego, dándole adoraciones como á verdadera deidad, para cuyo efecto tienen un sacerdote que de dia y de noche le esté atizando, pareciéndose en este detestable abuso á las vírgenes vestales que veneraban los romanos. De este inicuo sacerdote de los tejas me ha asegurado un religioso fidedigno, que fué misionero entre aquellas gentes bárbaras, que lo vió muchas veces comer las encendidas brasas, y tragárselas sin recibir lesion alguna, y que siempre hizo juicio que tenía pacto con el diablo para tener en sus errores radicados por este medio aquellos gentiles miserables, haciéndoles creer al mismo tiempo que en obsequio de su Dios se pasaba cuarenta dias sin comer ni beber cosa alguna, accion que, si como los indios lo dicen, la ejecutaba, no podia ser por humanas fuerzas, y solo podia tolerar ayuno tan prolongado por artificio del demonio.

Hállanse entre estas gentes otras especies de idolatría, porque como son las naciones muchas, cada una tiene deidades diversas: y se hallan otras tan bárbaras que son las mas que juzgan que no hay deidad alguna, como tengo referido, discurriendo solamente que comiendo y bebiendo con demasía, dan á su vientre adoraciones sin poner el conato en otra cosa. Tienen entre ellos grandísimas competencias sobre la mejoría de sus ritos y ceremonias; y así, los que adoran los astros, murmuran á los que veneran los rios, y estos hacen burla de los que dan adoraciones á los cadáveres inmundos, y los que no reconocen dios alguno, se rien de todos; y á la verdad que á unos y á otros debemos tener mucha lástima, pues caminan por tan erradas sendas á los infernales abismos, viviendo todos en perpétua ceguedad, y careciendo de la verdadera luz sus miserables é infelices almas.



CAPITULO VIII.

Refiérense las propiedades de los caribes, y las habilidades que tienen.

Sobra á los indios bárbaros de esta provincia de agudeza en los exteriores sentidos lo que les falta de discurso, pues los tienen tan vivos y eficaces en sus operaciones, que dudo haya hombres en el mundo que les iguallen: tienen la vista muy aguda, y así de grandísimas distancias divisan algunas cosas, que à no espermentarse, se dudaran. Acontece muchas veces caminar con estos indios, y decir, por tal camino viene á caballo un hombre en una béstia de tal color; y por mas que los pasajeros se despestañan por registrar lo que el indio les ha dicho, no pueden conseguirlo, y pasadas mas de dos horas suele llegar el caminante con la béstia del color que dijo el indio. Sí un venado ù otro animal se mueve en algun cerro, le descubre su vista con facilidad admirable, y le persiguen hasta cogerle, siendo sus ojos los seguidores de la mas distante caza: tan agudos son en el mirar, que para coger los panales de miel de que sus tierras abundan, se ponen debajo de algun árbol, y en viendo que pasa alguna abeja, la siguen sin perderla de vista, aunque vaya de ellos gran distancia, hasta que la ven parar en el lugar en donde tiene su miel, y se aprovechan de su dulzura. Cuando están en espía para coger à los incautos pasajeros, suben à lo mas empinado de los cerros, y desde allí divisando los caminos, reconocen la gente que viene, y si vienen con prevencion ó desarmados, y lo registran todo con tanta certeza, como si no hubiera distancia.

El oido es tambien vivísimo, y así cualquier estrépito es

sentido de ellos, aunque se haya ocasionado de muy lejos: para saber si vienen algunos compañeros que esperan, si es de noche muy oscura, que no pueden valerse de la vista, pegan el oido en la tierra, y en distrito grande oyen las pisadas y reconocen venir ya cerca los que aguardan.

Son grandes observadores de los astros, porque como siempre duermen á cielo descubierto y están hechos á mirarlos, se maravillan de cualquier nueva impresion que registran en los cielos; y observan asimismo los temporales, ó ya por las diversas mociones de las aves y animales, ó por otras naturales observaciones, pronosticando con mas verdad que los repertorios, cuándo ha de haber lluvias y tempestades, y cuándo serán los yelos mayores; que las aves y animales suelen ser en algunos casos maestros de los hombres, y así las divinas letras aconsejan que váyamos á aprender en las escuelas de las hormigas y abejas, siendo capaz la pequeñez de estos animalejos á dar lecciones á los racionales, que por esto el poeta llamó á la naturaleza madre de los brutos y madrastra de los hombres: *natura brutorum mater, hominumque noverca*: porque muchas cosas se facilitó á su instinto, que no las llega á imaginar nuestro entendimiento, y suelen los animales reconocer las mudanzas de los tiempos por su instinto, con mas certeza que nosotros con todo nuestro discurso.

En lo que toca al conocimiento de tierras, rios, montes y distancias, son aventajadísimos los indios de esta provincia, porque donde nosotros con seguir caminos reales y llevar buenos guias nos perdemos, ellos jamas se pierden, y tienen grande comprension de los parages y rumbos donde se hallan: es esta verdad tan espermentada, que cuando los españoles asaltan alguna ranchería de indios, así del reino de Leon como de la Vizcaya, en castigo de sus crueldades é insultos, cogen prisionera á la gente y á todos los pequeños de uno y otro secso los sacan à la tierra fuera de las ciudades, para criarlos y enseñarles á vivir en nuestra ley cristiana, criándolos políticamente para que olviden la barbaridad en que nacieron, y suele suceder llevar muchos á la ciudad de México, que dista mas de doscientas leguas de sus tierras, y los que se pueden escapar despues de algunos dias, en medio de ser pequeños se huyen,

y fuera de los caminos, sustentándose de silvestres raíces, y sufriendo la sed algunos días, se vuelven á sus tierras, llevando fijo el rumbo á donde intentan, sin que tanta multitud de leguas los haga perder el tino, cosa que admira á los españoles, porque cada día se experimentan en este reino lastimosas pérdidas de hombres, que de sed y hambre perecen en estos desiertos, y los bárbaros indios aunque sean de poca edad, caminan toda la tierra, hasta llegar á la en que nacieron, sin temor de pérdida alguna, y como si no hubiera distancia, y sin sacar para su viage bastimento alguno, cosa que por experimentada cada día, no hace en esta provincia novedad alguna; pues en diciéndole á un indio de las misiones de la Vizcaya que lleve una carta á México, á donde hay trescientas leguas de distancia, aunque jamas haya salido de la mision, en diciéndole que el rumbo de México es el Oriente, no necesita de otra prevencion para su viage.

Es tanta la vivacidad de los sentidos de estos bárbaros, que así como los perros rastros sacan á sus dueños por sus huellas por su natural instinto, de la misma manera hallan por el rastro cualquiera cosa que buscan, sea hombre ó animal, aunque camine sobre yerbas y sobre piedras, donde no puede estampar sus vestigios, ni resquicio por donde pueda conseguirse lo que se busca. Esta noticia ha sido y es muy proficua en este reino, así para librarse de sus hostilidades y crueles asechanzas, como para encontrar muchos que despues de haber cometido algunos delitos, salen huidos para donde no sean conocidos: sucede cada día que hurtan aun los indios de los pueblos, las hijas ó mugeres de otros indios, y aunque lleven dos ó tres días adelantados los fugitivos, como al indio rastroso le pongan en el rastro por donde salieron, los saca por él aunque hayan caminado por entre piedras haciendo semicírculos, como lo esperimé el tiempo que fuí cura en la ciudad de San Luis, donde avisándome de algun fugitivo, luego hacia buscarle por el rastro. Lo mismo me sucedia cuando visitaba la provincia en los despoblados caminos de los presidios, en donde caminando, solian avisarnos los indios escolteros que habia rastros frescos de indios alzados, y mirando yo con atencion las partes que señalaban, advertia los vestigios casi impercep-

tibles de los indios, y ellos, caminando á toda prisa, con la vivacidad de su vista lo notaban todo.

Aun es para admirar mas, que de noche puedan descubrir los rastros de los alzados, indios. Sucedió á un religioso de esta provincia digno de toda creencia, el siguiente caso: caminaba dicho religioso con dos indios bozales de una mision para un convento, á donde le habia señalado la obediencia; hizo noche en un páramo apartado del aguage y del camino, porque no diesen con él los indios caribes que solian hostilizar aquellos contornos: era la noche tan oscura, que apenas podia divisar los árboles mas cercanos: recogido el religioso, llegaron los indios asustados y le dijeron que se levantase á toda prisa, porque habia indios en la tierra, frase con que ellos se esplican para decir que hay indios bárbaros enemigos, y que lo habian conocido en los rastros que en las yerbas habian registrado: hizole fuerza al religioso que con noche tan oscura pudieran registrar los rastros en las yerbas aunque en la vista fueran lince: mas como el miedo de la muerte aviva las creencias al mas incrédulo, no dejó de darle golpe la eficaz persuasiva de sus bozales indios, y entre creyendo y dudando, montó á caballo á toda prisa, y anduvo como veinte leguas aquella noche, estimulado del miedo que le daba alas para la huida: llegó como á las ocho del día á una hacienda donde determinó quedarse para descansar de la mala noche, y como á las cinco de la tarde llegaron las noticias de haberse llevado los indios bárbaros la caballada, y de haber muerto dos vaqueros que la cuidaban en el mismo sitio donde habia parado el religioso; de cuyo suceso infiero el mucho conocimiento que tienen los indios en el campo con los rastros de los caribes, aun en lo mas oscuro de la noche; pues por medio de él se libró este religioso de caer en sus sangrientas manos; cogiendo Dios por instrumento á la rudeza de unos bozales indios, para librar de caer en manos de otros mas crueles al religioso, que, como dijo Orígenes en el libro de las Virtudes, usa Dios de instrumentos viles muchas veces para nuestro amparo y defensa; por esta razon se pasan estos caminos desiertos con escolta y vigilancia, porque caer en manos de los caribes, es lo mismo que tener segura una atrocísima muerte.

Cuando los españoles tratan de salir á alguna campaña en busca de unos caribes, para castigar sus crueles hostilidades, el medio para hallarlos en las montañas y asperezas que habitan, es valerse de indios de nacion diversa, que como tengo referido, casi todas recíprocamente son enemigas, y con alguna cantidad de esta gente que llaman indios amigos, salen á hacer presa en ellos, porque si no se valieran de rastros tan diestros, tengo por imposible los pudieran descubrir segun se saben abrigar de quiebras, cañadas y espesuras por caminos débiles y casi impenetrables; pero como los indios amigos son cuñas del mismo palo, tienen la misma inteligencia que los enemigos, y les siguen los rastros y observan las pisadas con toda cautela, y en reconociendo en qué parage hacen noche, les dan á los españoles aviso, y los van guiando hasta tenerlos muy bien cercados, y así que los nuestros apellidan Santiago, comienzan los indios ausiliares á flecharlos con grandísima crueldad. Y no quedan contentos con verlos derramar su sangre, sino que ansiosos de verter mas sangre humana, cogen á las pequeñas criaturas y contra las peñas y troncos les hacen pedazos las cabezas, sin perdonar edad ni sexo; y así es preciso que pongan gran vigilancia los cabos de los españoles de que los indios ausiliares no lleguen á la chusma de niños y niñas, porque á cuantos pueden haber á las manos, sin remedio alguno quitan atrozmente la vida: y como la gente española es política y cristiana, solo pretende castigar á los indios crecidos, matando tan feroces enemigos que bárbaramente crueles lo talaran todo; pero á la gente moza la aprisionan y sacan á las ciudades y villas para que con la crianza muden de costumbres y se bauticen; y esto es lo que continuamente observan en las campañas; y así suelen los españoles tener mas que hacer en estorbar que los indios amigos no consuman toda la chusma, que en pelear con los indios bárbaros que buscan; y si en el asalto se huyen algunos de los enemigos procurando escapar las vidas en las fragosidades de los mas empinados montes ó en las profundidades de sus barrancas, no les suele valer á los miserables esta diligencia, porque los indios amigos les siguen las huellas y los sacan de rastro, aunque estén en los mas intrincados retiros, y allí les quitan la vida trayendo las cabezas

á nuestro campo, para que conozcan los españoles que les son fieles, y quitándoles los cascos con el pelo, se los llevan á su pueblo para bailar el mitote en compañía de sus parientes con las cabezas de sus enemigos en señal del triunfo; suelen hacer comer y beber los sesos y sangre de sus padres á los inocentes niños, que les toca de la presa para que aborrezcan (á su parecer) á los de su sangre y no se huyan de las casas donde los crian, lo que no pueden en las campañas remediar los indios ausiliares; pero la lástima es, que los que hoy son amigos, mañana son fieros contrarios, y es necesario buscar otros indios ausiliares que hacen la misma diligencia con ellos al abrigo de las armas españolas, que les infunden valor y esfuerzo, como con el contacto de la tierra lo recibia Anteo, segun la erudicion profana.

CAPITULO IX.

Dáse razon de los ejercicios de estos indios, y prosigue la materia de sus costumbres impías.

Cuando los discursos de los hombres son mas rudos, son en las traiciones y cautelas mas aventajados; por esta razon se dice como adagio comun en nuestra España: "Que no hay tonto que no sea malicioso;" y les conviene á estos indios á la letra, pues siendo de discursos tan rudos, como queda referido, todas sus acciones son maliciosas y de cautela: estas las practican cada dia, así en los crueles designios con que persiguen á los hombres, como para coger los incautos animales de que